

Índice

LUGARES PELIGROSOS	9
------------------------------	---

I. BAJOS DE MORAL

Eres un moralista	17
Déjate de filosofías	21
Sé tú mismo	27
Ya ha descansado, el pobre...	31
Es una persona muy normal	35
Mi cuerpo es mío (y hago con él lo que quiero)	41
No siento miedo, sino sólo respeto.	45
Cuidar, cambiar, vender... la imagen	49
Eso es muy relativo	55
Nadie es más que nadie	61
Guárdate tu compasión	65
La vida es el valor supremo.	69
Respeto sus ideas, pero no las comparto	75
Seamos tolerantes.	79
No debemos juzgar a nadie.	83
Todos tenemos alguna parte de verdad	89
Bueno, es su cultura	93
Todos somos culpables	99
Yo no he hecho nada.	103
No es nada personal	107
Sólo cumplo con mi deber	111
Todos harían lo mismo	115
Mi intervención no serviría de nada	119
No tengo madera de héroe.	123

II. DEMÓCRATAS, PERO NO TANTO

Una cosa es la teoría y otra la práctica	129
La política es asunto de los políticos	133
Los sentimientos políticos son intocables.	139
Conservemos las tradiciones	143
Ha sido una actuación muy poco ética	147
Desapruebo lo que dices, pero defiendo tu derecho a decirlo	151
Al enemigo, ni agua	155
El problema es muy complejo	161
Condenamos la violencia, venga de donde venga	165
Con la violencia no se consigue nada	169
Sin violencia, todos los proyectos políticos son legítimos. . .	173
Desde que llegó la democracia...	179
Estoy en mi perfecto derecho	183
Todas las opiniones son respetables	187
¡Pero no pretenderá usted convencerme!	191
No es ni mejor ni peor, sino simplemente distinto	195
Somos mayoría, y punto.	199
Vamos a democratizar la familia, la escuela, etc.	205
Debemos recuperar nuestra lengua	209
Los terroristas son sólo unos criminales.	215
Nuestra historia nos da derechos	219
No hay que adoctrinar a la ciudadanía	223
¿Eso es constitucional o inconstitucional?	229
Todos queremos la paz	233

Lugares peligrosos

Mi lema es «grita siempre con los demás». Es el único modo de estar seguro.

GEORGE ORWELL

1. Los tópicos son *lugares comunes*, en griego *tópoi*. Se trata de lugares —aquí, verbales— conocidos, transitados o frecuentados por todos o por muchos, sitios donde nos encontramos la mayoría. Según esta acepción corriente, el tópico es un dicho que no dice nada nuevo a nadie, sino más bien lo que todos saben. Lo que se pretende con él es el satisfactorio encuentro de uno con esa mayoría, el ocultamiento en medio del número, la huida de toda disputa y, en fin, la tranquilidad consiguiente... En cierto sentido no andan lejos de las *frases hechas*. Los tópicos son frases prefabricadas, ya terminadas y dispuestas para uso de cada cual. Esto es, expresan pensamientos que no hemos pensado o producido nosotros mismos, sino que nos vienen ya aderezados y completos. Cada uno de ellos se forma como una reunión de palabras que han sido ligadas y expresadas por otros; no por éste o aquél en particular, sino por el Otro —grupo, sociedad, etc.— anónimo e impersonal. Y que luego repetimos todos. Alguien ha escrito que «al principio era la palabra, no la frase hecha»; sí, pero en la sociedad al final suele triunfar la frase hecha.

2. Vivimos del tópico como del aire que respiramos, pero recibimos de mejor grado la noticia de la contaminación atmosférica que la de la intoxicación de nuestras letanías más usuales. Poner en solfa tan arraigadas muletillas sería como quitarnos nuestras andaderas: nos vendríamos al suelo. Son estos comodi-

nes del lenguaje ordinario los que nos aportan la seguridad de que no estamos solos. Contribuyen desde luego al gregarismo, tal como lo expresó Orwell: «Mi lema es “grita siempre con los demás”. Es el único modo de estar seguro». Tal es la función primera de los tópicos: acomodarnos al grupo, arroparnos con «lo que se lleva», vestirnos a la moda verbal del momento a fin de llegar a *ser de los nuestros*. En una palabra, volvernos *normales*.

Es verdad que a menudo los tópicos cumplen también cometidos indispensables. Verbigracia, el ahorro de esfuerzo explicativo cuando entramos en cierto tipo de comunicación, que sería muy fatigosa como tuviéramos que dar razones de cuanto decimos y sin reposar en lo que todos damos por sabido. En ese sentido, el tópico viene a ser como el cemento de nuestras relaciones cotidianas, un espacio familiar que habitamos con toda naturalidad y complacencia. Pero en esa calidez, en ese carácter inmediato y contagioso, reside justamente su mayor peligro. En el funeral uno deja escapar el *no somos nada*, por ejemplo, y eso sólo basta para quedar incluido en el grupo de los cercanos al finado y de paso eludir meditaciones más hondas sobre nuestra condición mortal.

Pero, si no es factible —ni quizá prudente— prescindir de todos ellos, nos conviene tomar precauciones al menos frente a los más reiterados. Porque el tópico acostumbra ser hijo de la pereza intelectual y hermano del prejuicio. A base de amontonar esos lugares comunes, construimos nuestra comunicación más impersonal y automática. Decir lo que *se dice* nos permite evitar la tarea de ponernos a aprender, opinar sin la molestia de pensar lo que decimos y, de paso, alcanzar la ilusoria certeza de entender y ser entendidos. Viene a manifestar lo que en general se espera oír y a un tiempo lo que nos oculta ante los demás. *Comentar* lo que *se comenta*, sin mayor cautela, nos protege frente a muchos desconciertos y nos gratifica con la rutina superficial de todos los días. Ya sólo eso debería ponernos en guardia contra el fácil recurso al latiguillo. ¿Trataré de hablar yo mismo o dejaré que sean los otros anónimos quienes hablen por mí? ¿Habré de someterme a la suave pero férrea presión del entorno o me atreveré a desafiarla y arrosstrar así —por distinguirme— su extrañeza y hasta su condena?

3. No se vaya a creer, pues, que esos tristes tópicos resultan tan sólo modos más o menos inocentes de expresarnos. Habrá que mirarlos con cuidado, no sea que estas monedas corrientes de la conversación faciliten nuestro intercambio al precio de degradarlo. Podría ser que varios de estos fetiches verbales, bajo su bien sonante y familiar apariencia, transporten más ignorancia que otra cosa y nos instalen en un blablablá vacío y satisfecho. Lo que sería aún peor: que la miseria moral que suelen encerrar contribuya a nutrir nuestra propia miseria. Según nos relató Hannah Arendt, Eichmann tenía conciencia moral, pero su conciencia hablaba «con la voz de la respetable sociedad que le rodeaba». Lo que significa de acuerdo con los «*clichés*, frases hechas, adhesiones a lo convencional, códigos estandarizados de conducta y de expresión» de su momento y lugar. Repetimos que *una imagen vale más que mil palabras*, pongamos por caso, porque ya no estamos dispuestos al trabajo de discernir y argumentar como exige el discurso razonable; porque la ley general del espectáculo, que hoy impera, nos quiere pasivos y las palabras activos; porque es mucho más fácil, en fin, quedarnos en la fachada de las cosas que traspasarla.

Nuestros tópicos delatan las creencias dominantes en nuestra sociedad, los grandes y más o menos inconscientes prejuicios colectivos. En una sociedad, y cultura, y partidos y medios de comunicación... «de masas», lo que ellos transmiten es lo que gusta a la masa; no por cierto lo más precioso, sino eso que es capaz de aprobar el más torpe de la muchedumbre. Y como lo que más agrada a la masa es encontrarse con la masa misma, y lo que más aborrece es el individuo en verdad distinto, acudir a los lugares comunes representa un modo seguro de congraciarnos con la mayoría. O sea, con lo que está mandado. No hay por qué dar cuenta de ningún juicio de valor, sólo faltaba, en cuanto uno pueda replicar que sus palabras han sido *un simple comentario*. No habrá aclarado nada, pero lo aceptarán todos.

Esos y otros latiguillos colectivos no se nos adhieren como si fueran un destino inevitable. Es verdad que nos vienen ya impuestos por el ambiente, pero acabamos siendo responsables de hacerlos nuestros y dejarlos circular. Uno diría que, por estar tan enraizados, por ser como los carriles por donde transitan casi todos nuestros juicios, resultan a la vez los obstáculos mayores que la enseñanza ha de remover desde el primer día de cla-

se; si no, poco o nada podrá lograrse después. ¿Y dónde se enseña hoy ese espíritu crítico a los propios enseñantes? Los tópicos vienen a ser como dichos congelados que nos ahorran pensar; hay que descongelarlos para que de nuevo dejen fluir el pensamiento propio. En sus conversaciones con Janouch, Kafka arremete contra «... el estiércol de las palabras e ideas gastadas, más fuertes que un grueso blindaje. Los hombres se esconden tras ellas del paso del tiempo. Por eso la verborrea es el baluarte más fuerte del alma. Es el conservante más duradero de todas las pasiones y estupideces».

Para que nadie se llame a engaño, conviene advertir que el precio pagado por quien pretenda desbaratar en su entorno esos prejuicios es enorme. Zarandear los agarraderos más recurridos de las gentes, ponernos todos frente al espejo en que ver reflejadas nuestra estupidez o pereza..., resulta tarea muy temeraria. Empezarla le va a costar al osado la acusación de pedantería y vanidad desmesurada. Su destino más probable será el ostracismo.

4. Cada día que pasa se agranda a ojos vistas la brecha que separa al pensador moral y político del grueso de la sociedad. Ese pensador no sabe llegar a la gente y la gente no cree tener nada que aprender de ese pensador. Sea responsabilidad de una parte o de las dos, lo que así se consume es el fracaso de la filosofía práctica, que no está hecha para predicar en el vacío. A fin de reducir el desencuentro, tal vez fuera bueno empezar escogiendo para la reflexión esos tópicos cotidianos en los que descansamos como nuestro suelo más firme y ponerse a escudriñarlos para detectar sus evidentes deficiencias. ¿Quién llegaría a decir entonces que esa reflexión no le interesa o, a poco que advirtiera la debilidad de sus ideas más queridas, a seguir voceándolas como si nada?

Aquí me atengo a los tópicos prácticos (es decir, los de naturaleza moral y política), precisamente porque tienen efectos prácticos en nuestra vida. Del conocimiento o ignorancia de una fórmula algebraica nada se sigue para nuestra conducta o la mejor organización de la comunidad; pero una u otra concepción de la justicia o de la tolerancia orientan por fuerza nuestro comportamiento personal y prefiguran el modelo de sociedad en la que nos gustaría vivir. En el caso de los tópicos políticos,

unos cuantos lugares comunes animan o consienten acciones inicuas con la mejor conciencia, provocan efectos públicos desastrosos. Se ha dicho que, entre las condiciones para la democracia, la menos invocada es que las ideas erróneas acerca de ella determinan que la democracia funcione mal. *Pero si es sólo cuestión de palabras...*, protestarán todavía los más reacios a cuestionar las suyas. A lo que habrá que dar la réplica de Kafka: que «eso es precisamente lo peligroso. ¡Las palabras son las precursoras de acciones futuras, las chispas de futuros incendios!».

Bien es verdad que la tajante clasificación en dos partes, para distinguir entre unos tópicos morales y otros políticos, no es tan nítida y podría fácilmente cuestionarse. Vamos a dejarla, sin embargo, porque resulta útil. A menudo, bajo el tópico principal he registrado tópicos afines o como emparentados en una sola familia. En muy escasas ocasiones, a falta de una fórmula precisa que la condensara, me he permitido proponer el enunciado más aproximado de lo que el oyente reconocerá sin esfuerzo como una idea muy recurrente. Seguramente la mayor parte de estos tópicos son reductibles a unos pocos nucleares, de los que el resto serían como sus distintas dimensiones o aplicaciones. Sea como fuere, tales lugares comunes —unos más, otros menos— lo mismo se detectan a la derecha que a la izquierda del arco político, igual entre los políticos de profesión que entre los ciudadanos de limitada vocación. Con escasas diferencias los pronuncian jóvenes y viejos, educados e incultos, ricos y pobres. En su inofensiva apariencia, en el suave confort que proporcionan, pero no menos en el atractivo engaño que suelen encerrar... reside a mi entender su peligrosa fascinación para una ciudadanía poco educada.

A lo mejor algunos lectores ya saben de mi vieja afición hacia estas figuras retóricas que adopta la mente colectiva, porque este autor ha dejado rastros de esa manía en trabajos anteriores. Si este libro se justifica, será principalmente por presentar juntos y algo más ordenados lo que andaba disperso: me hago la ilusión de que su efecto crítico resulta así más demoledor. Claro que reunir una colección ni medio completa de tópicos prácticos sería un intento disparatado por descomunal. De entre los muchos vigentes entre nosotros, me contentaré con examinar esta muestra que he seleccionado. Y el que tenga oídos para oír, que oiga.